

Del Hambre, el Frio y la Radio Nivel de Vida Popular en la Araucanía (mediados del siglo XX)¹

«... un dormitorio donde duerme en promiscuidad toda la familia, y otra pieza que es una especie de bodega, donde se revuelven en confuso montón monturas, frenos, ollas. Las piezas no están entabladas, ni en el piso ni en el cielo, las murallas no están pintadas ni empapeladas, ni siquiera enlucidas. El dormitorio es oscuro, sin ventilación, de mal olor. La gente come en el suelo: los chiquillos, semidesnudos, puldan como animalitos domésticos»²

Ernesto Bohoslavsky

Becario de iniciación en la investigación de la Secretaría de Investigación de la UNCo. Miembro del Grupo de Estudios de Historia Social (GEHiSo) de la misma universidad

El estudio de las condiciones de vida de los trabajadores es un área ya clásica dentro de la historia social. Reconoce sus «padres fundadores» en los análisis casi contemporáneos a la revolución industrial inglesa y prosigue en las discusiones de principios y mediados de este siglo acerca de los efectos (benéficos y/o negativos) del capitalismo industrial sobre los trabajadores³. Los análisis versaban sobre costo de vida, salarios, cobertura de necesidades vitales, etc. La vivienda obrera, los consumos que tiene, la estructura de familia, el acceso a la educación, los alimentos ingeridos son otros de los tópicos analizados. Se trata de reconstruir el mundo total de la *experiencia* popular: su ámbito laboral, su tiempo libre, sus condiciones de vida, sus preocupaciones intelectuales o religiosas, las prácticas políticas y sindicales y las formas identitarias asumidas o rechazadas. Esta serie de interrogantes se desarrollaron en buena medida referidas a la clase obrera organizada, analizando principalmente de los países europeos. De allí se trasladaron a otras realidades diferentes, en las que no existía una clase obrera homogénea (ni siquiera

1. Este trabajo está basado en la ponencia «Indios y rotos. Un acercamiento a los sectores populares rurales del sur chileno 1930-55», presentada en las VII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Neuquén, septiembre de 1999. Agradezco los comentarios formulados en esa oportunidad por la prof. Patricia Funes.
2. Descripción de la vivienda de una familia de inquilinos, asentada en la hacienda de un ex-presidente de Chile. Citado por Ximena VALDÉS y otras, *Masculino y femenino en la hacienda chilena del siglo XX*, CEDFM, Santiago, 1995, p. 39.
3. Para un panorama general de estos estudios en Inglaterra, Harvey KAYE, *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza, 1989.

claramente conformada) sino que debían adoptarse otra serie de nociones. Es entonces que aparecen conceptos como «trabajadores», «sectores populares», «bajo pueblo» y otros, que procuraban dar cuenta de la heterogeneidad de figuras que se podían reconocer entre los sectores subordinados de la sociedad.

En Argentina y en Chile algunas de estas concepciones tuvieron una buena aceptación en la comunidad historiográfica. Sabemos, por ejemplo, que la ampliación de los estudios históricos vivida en nuestro país en los últimos 15 años permitió descubrir y «crear» nuevos sujetos sociales e históricos. Una de las *vedettes* de esta expansión fue la noción de *sectores populares*, que desplazó a la *clase obrera* como objeto central de interés, a la vez que renovó los temas a investigar. De esta manera,

«el estudio de los fenómenos singulares, y de alguna manera excepcionales -como es la huelga e inclusive la sindicalización-, se enmarca en los más generales y cotidianos, aquellos comunes a todos los trabajadores, politizados y sindicalizados o no; sus condiciones de trabajo, las condiciones de sus vidas fuera del trabajo, la vida material -vivienda, salud, alimentación en especial-, la organización familiar, la educación, las formas de recreación, entre otros muchos»⁴

El mundo del trabajo comenzó a ser visto en el marco total de la estructura de la sociedad, de las relaciones objetivas y establecidas. El concepto de *sectores populares* permitía comprender en un contexto mayor las expresiones simbólicas e identitarias que en los tradicionales estudios de clase aparecían como desviaciones o anomalías provocadas por la falsa conciencia. La noción ha de ser utilizada antes como un punto de partida antes que como una solución teórica. Y es precisamente en su fragmentación, en su heterogeneidad y en su permanente mutación donde encontramos su señal inequívoca⁵. El conocimiento de las condiciones materiales de vida brinda una serie de indicadores muy valiosos acerca de los recursos con los que se contaba y el nivel de vida desarrollado. Descubrir la estructura material sobre la que se desenvuelven los sujetos es también un paso esencial para entrar de lleno en la cuestión de las identidades. Pero no es el único: coincidimos con Romero y

4. Luis Alberto Romero, *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile 1840-1895*, Sudamericana, Bs. As., 1997, p. 187.

5. Los sectores populares son «un espacio de la sociedad donde se constituyen identidades cambiantes, de bordes imprecisos y en estado de fluencia, que definen los diferentes sujetos de los procesos históricos». Luis Alberto Romero y Leandro Gutiérrez: *Sectores populares, cultura y política*, Sudamericana, Bs. As., 1995, p. 15.

Gutiérrez en que la existencia de una clase no puede derivarse simplemente de los datos de su estructura productiva sino que implica un conjunto de prácticas y de representaciones que hacen a la identidad de los actores en relación con otras identidades⁶. Es importante insistir (una vez más) que no hay una relación causal directa entre nivel de vida e identidad asumida: la historia nos ofrece amplísimos ejemplos al respecto: sectores que comparten el mismo nivel de vida, la restricción al acceso de servicios básicos o el acoso de prejuicios y persecuciones no necesariamente elaboran y reelaboran los elementos identitarios de la misma manera.

En este trabajo nos proponemos dar cuenta de algunas de estas cuestiones referidas a nivel de vida popular en un contexto rural y de profunda heterogeneidad social y étnica, como el que encontramos en la Araucanía hacia mediados del siglo XX. Precisamente, al momento de definir un rasgo central de los sectores populares del agro araucano, debemos inclinarnos a marcar el carácter heterogéneo que presenta. Con trazos muy gruesos, dentro del campo popular rural se pueden diferenciar dos vertientes. Podemos hallar claramente escindidos a los cientos de miles de mapuche refugiados en la reducciones que se le asignaron entre 1884 y 1929. Por otro lado encontramos a un amplísimo conjunto de campesinos y trabajadores rurales, propietarios y no propietarios, distribuidos en varias categorías. Dentro de este gran grupo encontramos inquilinos, aparceros, allegados, repatriados, pequeños colonos, medieros y los propietarios independientes, que tienen acceso a la tierra, aunque no necesariamente a la propiedad. También en este variopinto conjunto es posible descubrir a aquellos que no poseen superficies propias y se ven forzados a emplearse en alguna hacienda. Es el caso de los trabajadores *afuerinos* y los *voluntarios*, que no necesariamente deben ser enmarcados bajo el rótulo de *campesinos*.

Sobre este increíblemente variado concierto social es que hemos desarrollado algunas miradas referidas a sus condiciones laborales y de vida, tanto al interior de las haciendas como en las reducciones mapuche⁷.

6. Idem, «Introducción».

7. Esta investigación se enmarca en el proyecto «Vida material, sociabilidad y cultura de los sectores populares en el sur de Chile y Argentina, 1885-1950», bajo la dirección del prof. Enrique Masés, en el marco del programa «Historia regional y relaciones fronterizas en los Andes Meridionales. factores de desestabilización (Neuquén - Chile, 1750-1950)» que dirige la lic. Susana Bandieri (programa de investigación de la Secretaría de Investigación de la UNCO y UFRO, Temuco).

Las áreas temáticas aquí desarrolladas son tres, aunque entendemos que en ellas no se agota de ninguna manera la cuestión⁸.

a) El problema de la vivienda parece haber tenido ribetes especialmente significativos para los sectores populares araucanos, dados los déficits habitacionales y las magras condiciones de habitabilidad en las que desarrollaban su existencia las familias. Mencionamos cuestiones ligadas a las viviendas mapuche y de los inquilinos, haciendo referencia también a aspectos relacionados con la construcción y la disposición de espacios simbólicos dentro de las habitaciones populares. Se puede destacar como rasgo central la permanencia de elementos materiales y simbólicos de orden tradicional en la construcción y utilización de la vivienda mapuche, así como la pobreza material expuesta en las condiciones de vida de los inquilinos y peones:

b) Hay un apartado referido a la salud, en el cual nos vemos obligados a abandonar la distinción analítica trazada inicialmente entre el mundo mapuche y el no mapuche, dado el peso de las técnicas tradicionales indígenas de curación en todas las áreas rurales (e incluso urbanas) de la Araucanía. Esa notable pervivencia es resultado de varios elementos: la eficiencia simbólica y material que despliegan esas técnicas al interior de las reducciones y la ausencia de instituciones estatales o privadas de salud en estas provincias. En efecto, la pobreza de las instituciones dedicadas a la salud en las áreas rústicas nos obliga a rastrear las prácticas medicinales populares, de clara raigambre mapuche, llevadas a cabo por campesinos y los especialistas, las *machi*, tanto en ámbitos urbanos como rurales. El mantenimiento de las formas de medicina popular provocó una serie de reacciones en contrario por parte de los sectores «decentes» de Temuco, en una clave higienista;

c) Por último, enfrentamos algunas cuestiones ligadas a los tipos de consumo desplegados por los sectores populares en lo que se refiere a productos (como los alimentos y radioreceptores) y entretenimiento.

8. Por razones de espacio, queda para otro momento la exposición de aspectos ligados a la educación, tanto de carácter oficial como religiosa. Para un panorama general del tema, Gregorio SEGUJEL «Educación del indígena» y Osvaldo GUIÑEZ, «Aporte cultural y educacional del Vicariato Apostólico de la Araucanía y fundación del magisterio de la Araucanía», ambos en A.A.V.V.; *Seminario de investigación sobre el desarrollo de la provincia de Cautín*, Univ. de Chile, 1956, Temuco. Para un análisis contemporáneo a estos fenómenos, Humberto GACITUA VERGARA; *Estudio social y consideraciones legales del problema indígena en Chile*. Imprenta Antigua Inglesa. Santiago, 1916.

Cabe destacar que la impronta higienista es casi una constante en el material analizado. Otro elemento que aparece muy frecuentemente en los análisis de las condiciones de vida de los indígenas de la Araucanía es la intención de disolver las comunidades mapuche. En los '40 y '50 estaba muy difundida la idea de que sólo con la disolución de las reducciones y la división de las tierras comunales en posesiones familiares se podría alcanzar algún mejoramiento en las condiciones de vida y en los niveles tecnológicos utilizados en la producción agropecuaria. En los lugares donde efectivamente se dividieron las comunidades, el resultado no fue, sin embargo el buscado. Propiedades de pocas hectáreas, cuando no de menos de una, no podían asegurar de ninguna manera la supervivencia física de la familia y obligaban a permanentes drenajes demográficos hacia ámbitos que ofrecían mejores oportunidades laborales. Pero antes de introducirnos en estos temas, revisemos el contexto socioeconómico en el que vemos desarrollarse estas tendencias.

Primera mitad de siglo en la Araucanía

La región comprendida entre los ríos Bío Bío y Cautín parece ser una de las áreas que ha recibido más atención por parte de los historiadores chilenos. Su temprana y prolongada configuración como espacio fronterizo parece haberla hecho especialmente atractiva. Es por eso que desde hace un par de décadas se pueden rastrear una serie de trabajos que, sostenidos en la noción de *historia fronteriza*, bucean en la historia de la Araucanía⁹. Esta corriente historiográfica reconoce entre sus principales exponentes a Sergio Villalobos, Guillermo Bravo Acevedo, Holdenis Casanova, Carmen Norambuena, Leonardo León Solís y Jorge Pinto Rodríguez. Sus intereses se han centrado básicamente en definir los rasgos característicos del espacio fronterizo, sus actores y prácticas económicas y políticas. Donde antes sólo se observaba una tradicional historia colonial, carente de matices y de prácticas políticas, ha aparecido un panorama

9. Un libro claramente enraizado en esta perspectiva (o aun fundador de ella) es el editado por Sergio VILLALOBOS y otros, titulado *Araucanía. Temas de Historia Fronteriza* e impreso por la Universidad de la Frontera (Temuco, 1989). Para una exposición de las nociones aceptadas por esta corriente y una enumeración bibliográfica Jorge PINTO RODRÍGUEZ; «Integración y desintegración de un espacio fronterizo. La Araucanía y las Pampas, 1550-1900», en Jorge PINTO RODRÍGUEZ (comp.); *Araucanía y Pampas. Un mundo fronterizo en América del Sur*, UFRO, Temuco, 1995. Para una evaluación de la obra de Villalobos y su actividad académica, aunque por momentos en un tono más afectivo que historiográfico; Sergio RIQUELME «Bibliografía de Sergio Villalobos R.» y Jorge PINTO RODRÍGUEZ; «Sergio Villalobos en Valparaíso», ambos en *Boletín de Historia y Geografía*, n.º 14. Universidad Católica de las Cañas, Santiago, 1998.

completamente renovador. Vemos desplegarse racionalidades y estrategias propias de cada uno de los sectores en pugna (Corona, autoridades locales, tribus, comerciantes, jefes militares). A la sociedad mapuche se le devuelve todo su protagonismo social y político, su capacidad de negociación y de presión. La obtención de este panorama fue posible por la adopción del marco interpretativo proveniente de la noción de «frontera»¹⁰, muy útil a la hora de pensar sociedades en un nivel magmático, de permanente intercambio con otras áreas y grupos, sin estructuras claramente consolidadas. Este abordaje permitió descubrir una profunda riqueza de prácticas y de contactos (violentos y pacíficos) entre los diversos conjuntos étnicos y sociales allí presentes. Pero la gran cantidad e importancia de estudios referidos a la Araucanía entre los siglos XVI y XIX se transmuta en un muy significativo silencio en todo lo que respecta a buena parte del siglo XX. Estas producciones se han centrado casi con exclusividad en el período colonial y primeras décadas republicanas. Por lo general no extienden sus preocupaciones más allá de la conquista militar del territorio mapuche y la posterior política colonizadora con inmigrantes extranjeros y nacionales. Parecen tener marcados resquemores a pasar el Rubicón historiográfico de los años '10. A lo sumo, alguna voz se extiende hasta los años '30. Pero luego, el desierto... Es como si el apasionado interés que demuestran los historiadores por la convivencia y los choques interétnicos en La Frontera desapareciera con la vuelta de siglo. Como si el fin de la historia en la Araucanía hubiese llegado con los proyectos de colonización con extranjeros y nacionales. No hemos encontrado mucho material referido a las primeras décadas de este siglo. Llama poderosamente la atención este vacío historiográfico, pero lo más sobresaliente es que convive con un área de producción científica muy intensa y rica, como ha sido la historia de la Araucanía en los siglos XVIII y XIX. La preciosa e inestimable ayuda que resultan para el período comprendido entre la llegada de los conquistadores españoles al Bío Bío y el asentamiento de los colonos suizos y alemanes, no parece aportarnos demasiados elementos para entender qué sucedió en la Araucanía de mediados del siglo XX. Y para analizar el agro araucano debemos seguir en mucho a las interpretaciones de carácter más general referidas a la historia agraria chilena,

10. Para una revisión general del concepto de «frontera» la polémica debe rastrearse hasta la clásica obra de Frederick TURNER, *La frontera en la Historia Americana*, Madrid, Ediciones Castilla, 1961. Para un análisis de la obra turneriana: Hebe CLEMENTI, *La Frontera en América*, Bs. As. 1977. Para una revisión del concepto de frontera aplicado al tema de la Araucanía, Patricia CERDA-HEGERL, *Fronteras del Sur*, UFRO, Temuco, 1996, pp. 12-14. Para un análisis profundo de la cuestión fronteriza en la etapa indígena Sergio VII LALOBOS, *Vida fronteriza en la Araucanía. El mito de la guerra de Arauco*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1995; Leonardo LFÓN SOLÍS, *Maloqueros y conchavadores en Araucanía y las Pampas, 1700-1800*, Temuco, UFRO, 1991.

especialmente dedicadas al Valle Central. También hemos tratado de reemplazar esas fuentes de información por otras proveniente de estudios contemporáneos a la época.

Se suele adoptar la década del '10 o la Primer Guerra Mundial como la fecha de inicio de la crisis del agro chileno. Sabemos que hasta ese momento las haciendas cumplían con las funciones que los sectores dominantes esperaban de ellas: abastecían al país de alimentos, generaban un importante número de divisas por las exportaciones y aseguraban el control de la población rural. Pero a partir de entonces, fueron notorias las deficiencias en el cumplimiento de estos propósitos y comenzará entonces «la historia de la decadencia del latifundio y el comienzo de la protesta social»¹¹. El estancamiento de la superficie cultivada se alcanzó en tiempos contemporáneos a la primera guerra mundial: debía ser combatido para evitar que los saldos exportables se redujeran aun más. La década del '10 también señaló que las fértiles tierras de la Araucanía mostraron las primeras señales de agotamiento de expansión de las fronteras y rendimientos agrícolas. Los rindes se estabilizarán en la media nacional (o aun menos).

RENDIMIENTO EN QQM/HAS¹²

	1884/5	1904/5	1909/10	1912/3	1913/4	1919/20	1924/5	1928/9	1929/30
Malleco	14.4	9.5	16.1	15.2	8.3	10	8.1	-	-
Cautín	-	9.3	16.3	14.9	9.8	11.7	8.7	11	12.2
País	8.7	8.7	15.7	14.3	10.8	11.1	9.2	11.5	12

La contracción de los rendimientos no implicó la reducción del área sembrada, que se siguió ampliando hasta la brusca caída de las campañas de 1928.

11. José BENGUA, *Historia social de la agricultura chilena*, tomo I, Sur, Santiago, 1988, p. 274.

12. Elaboración propia a partir de datos de Carmen NORAMBUENA CARRASCO; «Inmigración, agricultura y ciudades intermedias, 1880-1930», en *Cuadernos de Historia*, n° 11, Universidad de Chile, Santiago, 1991. op. cit., p. 123-4.

HAS. DE SIEMBRA Y PRODUCCIÓN TRIGUERAS EN MALLECO Y CAUTÍN¹³

	1884/5	1884/5	1904/5	1904/5	1909/10	1909/10	1912/3	1912/3	1913/4	1913/4
	Has	qqm	Has	qqm	Has	qqm	Has	qqm	Has	qqm
a) Malleco	22205	320	47882	456	53225	862	73748	1122	68760	579
b) Cautín	-	-	49388	462	23075	378	30011	449	31072	306
c) País	465260	4085	420552	4202	340897	5373	449074	6453	414818	4505
% a) y b) en c)	4.7	7.8	20.2	21.8	22.3	23	23.1	24.3	24	19.5

	1919/20	1919/20	1924/25	1924/25	1928/29	1928/29	1929/30	1929/30
	Has	qqm	Has	qqm	Has	qqm	Has	qqm
a) Malleco	87717	882	114474	930	-	-	-	-
b) Cautín	34719	407	69471	609	140083	1553	144290	1765
País	494179	5519	716428	6659	571022	7732	536969	6497
% (a+b)	24.7	23.3	25.6	23.1	20.8	20	26.8	27.1

Es por eso que «a fines de la década de 1920, junto con el fin del 'boom triguero', paraliza el ritmo de desarrollo urbano de ciudades como Victoria, Lautaro, Traiguén, Collipulli y otras, en las que los tendidos férreos y la estación ofrora brillante de actividad, no son más que el recuerdo de tiempos mejores: el tiempo de las ciudades del trigo»¹⁴. Eso no impidió que a mediados de este siglo, la provincia de Cautín (sur de la Araucanía) fuera la principal productora de trigo, ganado vacuno, avena y arvejas de todo el país¹⁵. De hecho, más de un tercio de la producción triguera nacional seguía afincada en la región, aunque con un, hasta cierto punto previsible, rendimiento menor a la media.

13. Idem, p. 123. Los qqm deben multiplicarse por mil.

14. Idem.

15. Ricardo FERRANDO KEUN, «La provincia de Cautín en el panorama chileno», en A.A.V.V.: *Seminario de investigación sobre el desarrollo de la provincia de Cautín*, Universidad de Chile, 1956, Temuco, p. 6.

RENDIMIENTO, SUPERFICIE Y PRODUCCIÓN DE TRIGO 1954 (comparación por regiones)¹⁶

	Rendimiento qqm/ha	Superficie cultivada	Producción qqm
De Atacama a Coquimbo	10,5	28.544 (3,7%)	300.000 (3,2%)
De Aconcagua a Colchagua	13,1	137.585 (18%)	1.807.891 (19,3%)
De Curicó a Concepción	8,4	209.724 (27,5%)	1.863.197 (19,9%)
De Bio Bio a Cautín	11	271.111 (35,6%)	3.253.482 (34,8%)
De Valdivia a Chiloé	17,3	112.870 (14,8%)	2.111.588 (22,3%)
País	12,3	760.114	9.336.158

Tómese nota que frente a las 271.111 has cultivadas en 1954, en 1929/30, la superficie cultivada de Cautín era de la mitad. Las forrajeras ocupaban unas 180.000 has. y las praderas naturales en suelo limpio sumaban unas 400.000 has. Se estimaba que el 45% de la superficie se cultivaba con mecanización simple (arado y rastra tirada con bueyes, siembra y siega a mano, trilla con máquina), un 25% con mecanización media (arado y rastra con bueyes, siembra y trilla a máquina) y un 30% con mecanización total (arado y rastra con tractor, siembra a máquina, cosecha con automotriz y cosechadora).¹⁷ Predominaba en ese entonces la agricultura extensiva y mixta (trigo combinado con la posesión de ganado). En el concierto provincial, más allá de que la producción agropecuaria tenía la primacía en el desenvolvimiento general, el rubro no manifestaba un alto nivel de perfeccionamiento dado que no poseía una gran inversión en tecnología agrícola¹⁸. De hecho, comenzaban a mostrarse problemas de erosión debido a que buena parte de los cultivos se realizaban en tierras que no eran agrícolamente aptas.

La tierra araucana reconocía básicamente tres patrones de propiedad, que obedecían a distintas iniciativas estatales: reducciones mapuche, remates de tierras y colonias agrícolas. Sobre cada una de ellas se producía una alquimia

16. Basado en Sergio SEPÚLVEDA, «El trigo chileno en el mercado mundial. Ensayo de geografía histórica», en *Informaciones geográficas*, Instituto de Geografía de la Universidad de Chile, Santiago, 1959, p. 113-4. La producción en qqm de la Región Atacama-Coquimbo ha sido estimada en base al resto de los datos ya que no está registrada en este artículo el valor oficialmente declarado.

17. René PRADO SOLÍS «Cultivos actuales y posibilidades agrícolas de la provincia de Cautín», en A.A.V.V.: *Seminario de investigación...*, op. cit.

18. PRADO SOLÍS, op. cit.

social particular, con marcadas especificidades. Por un lado el mundo de las colonias de extranjeros y de repatriados¹⁹, de mediana extensión y basadas en el trabajo familiar. Por otro lado, las 3000 reducciones mapuche, donde quedaron asentados varias decenas de miles de indígenas. Y por último, las haciendas y establecimientos agropecuarios mayores, donde se reproducían formas laborales presentes en el Valle Central. Esta diferenciación entre sectores, a priori tan clara, no funcionó así en la realidad ya que eran permanentes los problemas de legitimidad de los títulos y la confusión de los deslindes. La situación sólo se ordenó, en mayor o menor medida, en los años '30, gracias a la Ley de Propiedad Austral, permitiendo el crecimiento de la actividad crediticia:

«Con esta ley se regularizaron centenares de propiedades dudosas y se puso término a viejos pleitos que, desde hacía años, venían convirtiendo a muchas regiones de la provincia en campos trágicos, con dramas de sangre, disputas y pendencias que aun se recuerdan en las comunas de Cunco, Villarrica, Pucón y Lonquimay. Los lanzamientos, los despojos, y las ocupaciones improvisadas, fueron por muchos años motivo de campañas de prensa, debates parlamentarios y base de vidas políticas entregadas a estas gestiones»²⁰

La ley permitió poner cierto punto final a los reclamos por los títulos y organizar la producción sobre criterios más firmes. En efecto, parece haber habido gran cantidad de problemas con la transmisión generacional y la obtención de la propiedad legal de los predios, hasta bien entrado el siglo. Hacia los años '50 un analista del agro araucano sostenía que

«El porcentaje de propietarios que han logrado perpetuar el dominio a través de sus generaciones, es muy pequeño ya que la propiedad agrícola ha sido motivo de un cambio permanente división y arrendamiento»²¹

19. Jaime FLORES CHÁVEZ; «Chilenos repatriados de Neuquén: la constitución de la colonia de Lonquimay», ponencia presentada en las VII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Neuquén, 1999.

20. Luis PICASSO STAGNO. «La propiedad agrícola y su extensión», en A.A.V.V.; *Seminario de...*, op. cit., p. 110.

21. PICASSO STAGNO, op. cit., p. 111.

Como prueba de la larguísima serie de conflictos legales que generó la distribución de la tierra, Bengoa menciona el hecho de que en 1929, de 2173 comunidades que había en Cautín, casi un 80% de ellas tenían juicios con particulares en la Corte de Temuco²².

REDUCCIONES MAPUCHE²³

	Cautín	Pais
Número de reducciones	2.173 (73%)	2.962
Total de hectáreas	403.187 (80%)	503.449
Indígenas radicados	57.196 (83%)	80.661
Reclamos de restitución	907 (76% ⁹)	1.216
Juicios entre indígenas y particulares	1.709	

Dado que los planos de colonización no detallaban los accidentes del terreno, el traspaso del plano a la realidad correspondía directamente a las relaciones de fuerza existentes entre los vecinos. Téngase en cuenta que en 1929 finalizaron también las cesiones estatales destinadas a reducciones mapuche y comenzó, por el contrario, la disolución de las comunidades en hijuelas familiares. De esta manera, se fue configurando una Araucanía en la que los propietarios minifundistas mapuche y no mapuche daban la nota característica del agro. Es por eso que a mediados de este siglo, un especialista en agricultura podía realizar la siguiente caracterización tripartita de la estructura de propiedad y producción agrícola en la región.²⁴ Sostenía que los pequeños campesinos, en buena parte indígenas (con hasta 20 has) vivían de una explotación agropecuaria de subsistencia que apenas cubría sus necesidades biológicas. Los cultivos de chacarería eran practicados en su mayoría por estos pequeños agricultores. Otro enorme número de propietarios poseían hasta 50 has., pero debido a la escasa entrada de sus predios, no podían adquirir implementos agropecuarios modernos, por lo que las tierras eran cultivadas en pésimas condiciones. Entendía este autor que la pequeña propiedad era un grave problema económico, agrícola y social. Así, por ejemplo, eran cerca de 340.000 has que debían repartirse entre 60.000 familias indígenas.

22. José BENGUA *Historia del pueblo mapuche*, Sur, 1989, p. 372.

23. Idem.

24. PRADO SOLÍS, op. cit.

Además,

«El problema reviste caracteres desastrosos en aquellos distritos de la provincia un tanto alejados de los centros de consumo, por lo general. Con malos caminos, ubicados en suelos accidentados, haciendo imposible todo cultivo intensivo y cuyo propietario de 8, 10 o 15 hectáreas o más, por un imperativo superior, debe sembrar anualmente cierta cantidad de trigo, para alimentar a su familia, explotando el resto del suelo dentro de condiciones económicas miserables que terminan, en pocos años, por desnudar la tierra de su capa orgánica»²⁵

Estos pequeños propietarios se ven obligados a abandonar el minifundio y dedicarse al pequeño comercio, buscar un empleo o dirigirse a las capitales. En cambio, sigue Prado Solís, en los predios que poseen de 100 a 2000 has. figuran los rendimientos trigueros más altos (las superficies de entre 100 y 500 has. parecen ser las que alcanzan mayor eficiencia en cuanto al uso de los factores productivos). Pero se debe tener en cuenta que

«entre estas propiedades se consideran a las comunidades indígenas como entidades indivisas, pero una vez parcelada la comunidad, pasará formar parte del grupo de los minifundios»²⁶

A su vez, un pequeño grupo de latifundios acumulaba buena parte de la tierra y determinaba un aprovechamiento insuficiente de los suelos (por falta de preparación o de capitales, o porque no estaban interesados en conseguir mayores ingresos). Se trabajaba la tierra con programas de explotación concebidos y respaldados por capitales. La explotación lechera intensiva o semiintensiva estaba reducida a estos agricultores medianos y grandes. En estas tierras, dominaba aun el régimen de inquilinos-medieros. El tamaño promedio de estos latifundios alcanzaba a las 3.500 has. Si utilizamos los criterios de distribución de las propiedades agrícolas arriba mencionados, la estructura sería la siguiente:

25. PICASSO STAGNO, op. cit., p. 114.

26. Idem, p. 114.

CENSO DE PROPIEDAD DE CAUTÍN 1945 (incluye propiedades indígenas)²⁷

	Tamaño (has)	Has totales		% n° de propiedades		% de suelos	
Pequeño propietario	0,1 a 20	20.000	135.000	22%	55%	1,3%	9%
	20 a 50	115.000		33%		7,6%	
Mediano propietario	50 a 200	415.000	1.115.000	33%	44,4%	27,7%	74,3%
	200 a 500	280.000		8%		18,6%	
	500 a 1000	200.000		2%		13,4%	
	1000 a 2000	220.000		1,4%		14,6%	
Gran propietario	Más de 2000		250.000		0,6%		16,7%

Analícemos qué es lo que se puede desprender de esta fotografía de la estructura de propiedad. A priori podría pensarse que se trata de una estructura medianamente equilibrada, donde la gran mayoría de las explotaciones son de tamaño medio. Los latifundios ocupaban sólo 1/6 de los suelos, mientras que más de la mitad de las propiedades eran minifundios que usufructúan menos del 10% de las tierras. Ahora bien, debe tenerse en cuenta que entre las hectáreas pertenecientes a la propiedad de tamaño medio (1.115.000 has) había cerca de 350.000 has. que eran ocupadas por reducciones indígenas en las que la superficie que cada familia puede utilizar varía entre menos de una y 10 has. Justo sería entonces reubicar a toda esa gran franja de tierras en el grupo de los pequeños propietarios, lo cual nos llevaría a demostrar que la nota característica de la provincia de Cautín era la presencia mayoritaria de pequeños propietarios, usufructuando porciones minúsculas de tierra, frente a un conjunto bastante amplio de medianos productores, y otro aun más reducido, de latifundistas. El siguiente cuadro parece reforzar esta interpretación al aportarnos más información al respecto.

27. Elaborado en base a PICASSO STAGNO, op. cit.

CANTIDAD DE PROPIEDADES SEGÚN SUPERFICIE 1945 (EN HAS)²⁸

	Pequeña propiedad		Mediana Propiedad				Gran Propiedad
Superficie	0,1/20	20/50	50/200	200/500	500/1000	1000/2000	2000 o +
N° de prop.	2.215	3.304	3.274	812	262	146	62

Si al grupo de las medianas propiedades le restamos las 2.000 reducciones mapuche asentadas en la provincia de Cautín, vemos que los porcentajes quedan establecidos más o menos de la siguiente manera: a) la pequeña propiedad abarca aproximadamente unas 7500 explotaciones, con un total de 485.000 has., lo que equivale a decir que un 30% del suelo provincial era usado por casi el 80% de los productores agrarios,²⁹ b) la mediana propiedad reúne a unos 2500 establecimientos agropecuarios, con un total del 55% de los suelos provinciales destinados a un 20% de las explotaciones, c) el latifundio, expresado en la presencia de 62 empresas rurales que usufructúan cerca del 17% de toda la tierra de Cautín.

En las provincias en las que estamos centrando nuestra atención, las tasas de salarización eran menores a las nacionales, gracias a una alta ruralidad y el mantenimiento de un gran número de comunidades mapuche y unidades campesinas familiares. Estas organizaciones permitían reducir el nivel de desocupación existente al emplear toda la mano de obra familiar disponible.

OCUPACIÓN EN 1952³⁰

	Trabajo remunerado	Ayuda sin remuneración	Desocupado
Malleco	90,9%	4,6%	1,8%
Cautín	89%	5,1%	1,4%
País	92,7%	2,3%	2,2%

28. Elaborado en base a PICASSO STAGNO, op. cit.

29. Estos números se tornan aun más crudos si tomamos en cuenta el siguiente análisis. En los cuadros están expuestas las poco más de 10.000 propiedades rurales de la provincia, pero si tenemos en cuenta que unas 2.000 de ellas en realidad corresponden a comunidades mapuche, donde vive un número que podemos fijar entre 60.000 y 100.000 personas, el cuadro parece más dramático. Considerado de esta manera, más del 95% de los productores agrarios deben sobrevivir con el 30% de la tierra.

30. Censo Nacional de 1952.

En cuanto a la ganadería, la provincia de Cautín prontamente mostró su configuración como productor, especialmente bovino y ovino. Las tierras usurpadas a la población indígena siguieron mostrando su aptitud para la cría de ganado.

TIPO Y CANTIDAD DE ALGUNOS GANADOS³¹

Ganado	Cantidad	Porcentaje país
Terneros/as	53.900	10,8%
Toros	6.300	13,1%
Novillos	59.100	12,9%
Vaquillas	38.200	10,2%
Bueyes	61.500	17,2%
Vacas	77.100	10,1%

La masa ganadera provincial en 1956 era de 816.000 cabezas, viviendo sobre 849.445 has. La base alimenticia de la ganadería eran las praderas naturales (chépicas, chuncho) y las artificiales (trébol rosado asociado a gramíneas). De cualquier manera, la actividad no parecía desarrollarse en las mejores condiciones, sobre todo en las pequeñas propiedades (de indígenas o no). En estas pequeñas superficies la ganadería no era una actividad capitalizada, sino que aparecía más con el perfil de aporte a la subsistencia familiar. Un especialista nos informaba:

*«Donde sólo existen pastos naturales y renovables, veremos en estos campos sólo ovejunos, caprinos, bueyes de trabajo y novillos de crianza [...] unas pocas vacas, para el sustento apenas de los moradores humanos, y estos animales de una calidad baja, rinde infimo y de un coeficiente de fertilidad muy bajo, fiel reflejo de la pobreza y del estado de estancamiento en que se encuentra la industria agropecuaria. En esta forma, salvo excepciones, tenemos la mayor parte de los campos indígenas, campos en manos de pequeños agricultores que cultivan el minifundio, y que se desenvuelven en un estado de pobreza alarmante»*³²

31. Datos de Fritz HILLMANN SUÁREZ; «Desarrollo de la ganadería», en A.A.V.V.; Seminario de investigación..., op. cit.

32. Idem, p. 53.

Otro análisis, contemporáneo al anteriormente citado, también insistía en el carácter precario de la producción pecuaria que estaba a cargo de los indígenas y campesinos.

«En algunos sectores la carga excesiva de ovejas ha contribuido a agudizar el problema. Estas, por su parte, sufren de parásitos externos, los que las enflaquecen y desprecian su lana. Desconocen los fundamentos de las rotaciones culturales, abonaduras, matorias orgánicas, erosión, conservación de suelos y empleo de forrajes artificiales adecuadas. Por lo general no tiene interés por replantar las laderas y hondonadas de mucha pendiente, de cercar sus terrenos ni de introducir mejoras de tipo permanente»³³

En cambio, en donde había praderas naturales y artificiales era posible encontrar una ganadería más desarrollada y compleja, con producción de lácteos y de derivados industriales. Pero de cualquier manera, este especialista concluía que en la Araucanía la ganadería

«se desenvuelve en un estado de miseria, lo cual está acarreado a la larga el ausentismo individual de la población humana de los campos y la pérdida de su fertilidad»³⁴

Como vemos, las descripciones realizadas sobre la agricultura y la ganadería campesinas de la Araucanía nos están planteando para mediados de este siglo un panorama absolutamente sombrío en lo que se refiere al nivel de la producción. Este infradesarrollo productivo no podía sino redundar en condiciones materiales de vida deficientes.

Sectores populares rurales de la Araucanía. Condiciones de vida

Es importante tener en cuenta que el mundo de los sujetos populares rurales de la Araucanía contaba con una heterogeneidad profunda, dentro de la que se destacaban algunos grupos, presentando identidades particulares. Como señalamos en nuestra introducción, básicamente se pueden diferenciar dos grandes grupos de origen popular. El primero de ellos es el de las familias

33. Mario RUBIO HODGES; «El indígena y la agricultura», en A.A.V.V.; *Seminario de investigación...*, op. cit., p. 234.

34. HILLMANN SUÁREZ, op. cit., p. 54

mapuche que vivían en tierras comunales, arrinconadas en miles de reducciones desde 1884 (especialmente en Cautín) y que se caracterizan por su agrupamiento en propiedades colectivas y el mantenimiento de ciertas pautas culturales propias. Asimismo, encontramos otro sector de campesinos y trabajadores rurales; pequeños propietarios basados en el trabajo familiar (y extraordinariamente, asalariado), peones permanentes o itinerarios de haciendas, inquilino, medieros y colonos. Demás está decir que esta clasificación realizada con trazos tan gruesos desdibuja, a su vez, el carácter heterogéneo que se presenta el interior de cada uno de estos grupos. En efecto, en la medida en que se refina más el análisis y se lo carga de mayor nivel empírico, vemos que los sujetos manifiestan una complejidad mucho mayor y las categorías laborales se multiplican. Variadas son también las extensiones de tierra utilizadas y las vinculaciones al mercado y los centros urbanos, cambiantes los grados de pertenencia a las comunidades. Otro aspecto que también ha de tenerse en cuenta es que la mayoría de los campesinos de estas regiones eran claramente de origen étnico mapuche, pero los rasgos de identidad manifestados son diferentes en muchos aspectos a los aparecidos en las comunidades indígenas. Demás está decir que la tarea de encontrar criterios de distinción permanentes y estables entre mapuche y no mapuche está lejos de ser simple³⁵. Y esta dificultad en distinguir los grupos humanos no tiene que ver sólo con la existencia de un amplísimo mestizaje racial, sino también (y quizás principalmente) de orden cultural. Un criterio que podría llegar a utilizarse es el lugar de residencia, separando por un lado a aquellos que habitan en comunidades y aquellos que no³⁶. Por otra parte, las clasificaciones que utilizaban los censos van variando de una medición a la otra, dificultándonos las comparaciones y las asimilaciones entre los grupos. Pero estos sectores populares manifestaban, más allá de las pertenencias asumidas y su posición en la estructura rural, un mismo sustrato de condiciones de vida, caracterizado por la carestía, la pobreza material y el aislamiento de organizaciones urbanas como los sindicatos y los partidos políticos. Notamos que este aislamiento se mantiene más allá de la creciente intervención estatal en el agro. El contexto

35. «Es posible que algunos lectores piensen que los problemas que expongo no son solamente propios de la mapuches, sino comunes a todos los 'agricultores pobres'. Tendrían razón en parte. Es muy difícil determinar los criterios para hacer la separación entre mapuche y no mapuche cuando aquél tiene un 90% de mestizaje», Alejandro RUIZ, «Los conceptos económicos y la sociedad mapuche», en A.A.V.V.; *Segunda semana indigenista*, Escuelas Universitarias de la Frontera, Temuco, Chile, 1970, p. 32.

36. Pero utilizar este criterio termina por dejar fuera del análisis, por ejemplo, a los mapuche que han conformado una parcela individual o se han mudado a áreas urbanas, tendencias estas que se afianzarán con el correr de las décadas analizadas.

socioeconómico se caracteriza por el paulatino abandono del inquilinaje y la imposición de las formas salariales en el agro³⁷. Cerca de un cuarto de las tierras comunitarias son divididas entre sus miembros, generando un desenfundado proceso de hijuelización que termina promoviendo la expulsión de los jóvenes. Como consecuencia de la «Pacificación de la Araucanía» el pueblo mapuche se vio forzado a la práctica de actividades económicas sedentarias que terminaron por desmontar las amplias redes asentadas en la Araucanía y extendidas hacia la Patagonia argentina³⁸ y restarle poder cohesionador y organizador a las comunidades. El asentamiento forzoso produjo una serie de experiencias de destrucción de las formas tradicionales, de usurpaciones y de violencia, dando lugar a que la sociedad mapuche se hermetizara e impermeabilizara frente a la presencia externa. Estos cierres no imposibilitaron la expresión de fenómenos de aculturación (como en los casos de consumo de productos textiles), pero sí mitigaron sus efectos y expansión. En cuanto a los inquilinos, sabemos que su posición otrora mayoritaria va perdiendo fuerza a lo largo del siglo. La familia inquilina permanece en la hacienda y necesita de la permanente buena voluntad del hacendado, por lo que se ve obligada a soportar los atropellos y arbitrariedades cotidianas. A cambio de ello, obtiene vivienda, tierras y la posibilidad de prosperar. Además de los inquilinos, podemos encontrar grupos como los medieros, los peones voluntarios y afuerinos y los campesinos pequeños propietarios. Los peones afuerinos parecen actuar como una suerte de contrafiguras a los inquilinos, en tanto se muestran como indóciles, reacios al trabajo y a la autoridad patronal. Pueden ejercer con mayor facilidad resistencia a la autoridad patronal en tanto deambulan permanentemente y no tienen lazos familiares que los aten a alguna actividad o región. Es por eso que son los que portan experiencias laborales múltiples, muchas veces de origen urbano, de donde parecen surgir las prácticas de resistencia.

En cuanto a las fuentes que utilizamos para abordar la cuestión de las condiciones de vida, debemos volver a advertir que la presencia de las ideas higienistas se nos torna una constante. Los grupos urbanos *decentes* entendían que las propias prácticas culturales y sociales de los sectores populares conspiraban contra los progresos de la salubridad. Es por eso que los grupos privilegiados desprestigian y tratan de extirpar las prácticas medicinales populares. Estas campañas por la salud moral y física de las *clases peligrosas* se funda en un higienismo que reconoce la cuestión racial como nudo del

37. Para una visión general de la historia del agro en Chile, Arnold BAUER: *La sociedad rural chilena. Desde la conquista española a nuestros días*, Andrés Bello, Santiago, 1994.

38. Ver al respecto BENGOA, *Historia del pueblo...*, op. cit. y VILLALOBOS, *Araucanía...*, op. cit.

problema³⁹. La mayoría de las lecturas contemporáneas a las problemáticas abordadas cuentan con un arsenal ideológico y terminológico que pertenece sin lugar a dudas al higienismo, y es a través de estos ojos que estamos obligados a estudiar la vivienda, la salud, la alimentación y la diversión popular.

Vivienda

Ximena Bunster estudió con detenimiento un conflicto que surgió en la provincia de Cautín, y que nos aporta elementos importantes para entender la cuestión de la vivienda en el contexto mapuche⁴⁰. El problema se suscitó cuando se construyeron y entregaron una serie de viviendas a miembros de una reducción, quienes no las ocuparon y prefirieron seguir utilizando sus *ruca* tradicionales. Para las autoridades provinciales la reacción parecía absolutamente irracional dado que las condiciones habitacionales de la comunidad no eran las mejores. Pero, ¿cómo era la *ruca* tradicional? Se trataba de

*«una vivienda de planta rectangular y con paredes construidas de paja, madera o ladrillos y con un techo fabricado preferentemente de paja y también de tejuola o zinc. La armazón de madera que sostiene el techo deja al descubierto recias vigas que sirven, a su vez, para almacenar alimentos durante el año. De estas vigas penden, en apretadas filas, las mazorcas de maíz, cebollas, ajíes y trenzas de ajos. También las carnes de cerdo, equino y de cordero a distancia prudente del fuego central de la ruca, sometidos estos alimentos a un proceso tradicional de conservación mediante la acción del humo»*⁴¹.

Los usos y costumbres relacionados con la forma de la vivienda constituyen un aspecto esencial de la cultura indígena. La ausencia de esta perspectiva antropológica por parte de quienes diseñaron las nuevas casas llevó a la aparición del problema. Dentro de esta vivienda, crucial importancia guarda el área de fogón (*kíttralwe*)⁴². El fogón se mantiene permanentemente encendido:

39. «Muchas costumbres populares de largo arraigo regional y en los barrios alejados seguían imponiendo su señorío: pintorescos procedimientos nacidos de la fe en 'meicos' y curanderas de evidente raigambre indígena», Eduardo PINO ZAPATA *Historia de Temuco. Biografía de la capital de La Frontera*, Escuelas Universitarias de la Frontera, Temuco, 1969, p. 67.

40. Ximena BUNSTER: «Algunas consideraciones en torno a la dependencia cultural y al cambio entre los mapuches» en A.A.V.V.: *Segunda semana...*, op. cit.

41. BUNSTER, op. cit., p. 17.

sirve tanto para cocinar como para calentar el ambiente. Sobre él se cocina a diario el pan: El humo impermeabiliza el techo de pája y lo hace impenetrable a las lluvias invernales. Desde un punto de vista psicológico y emocional, sigue Bunster, el fogón representa la unidad familiar. En su entorno se transmiten costumbres y se relatan historias. La cultura mapuche y los saberes referidos a la ganadería y la agricultura se transmiten junto al fogón, una vez que el padre regresó del campo, o con la madre mientras cocina. Se ventilan los asuntos importantes al atardecer y a la noche, cuando se descansa del trabajo agrícola y se conversa. Los procesos simbólicos de relación y conflicto entre salud y enfermedad, entre vida y muerte, se dan alrededor del fogón, encontrando allí su escenario favorito. La zona del fogón juega un papel importantísimo en las crisis dentro del ciclo vital de todo mapuche: junto a él se colocan los enfermos y los muertos. El velorio también se desarrolla en el área circundante al *kútrahwe*: aquí se ubica el féretro y quienes concurren a dar el último adiós. Los ocasionales dolientes se sientan junto a la única fuente de calor disponible en el hogar.

En las *ruca* pertenecientes a los sectores menos privilegiados, los cerdos y las gallinas solían dormir dentro de la casa, para protegerlos del frío de la noche. Otros grupos mapuche, en cambio, poseían dos *ruca* de tamaño casi idéntico. Una se utilizaba para cocinar, comer y realizar las reuniones familiares y actividades bajo techo, especialmente en invierno. La segunda, por el contrario, era usada exclusivamente para que durmieran los 8 o 10 integrantes de la familia y para almacenar alimentos. Estas familias suelen tener pequeñas construcciones vecinas para alojar a los animales y guardar los implementos de trabajo agrícola (gallinero, chiquero, perrera, corrales para animales mayores). En las *ruca*-dormitorio se suelen emplear otros materiales que en las *ruca* destinadas a otras actividades cotidianas (techo de tejuela, zinc o fonolita y murallas de madera o ladrillos). La *ruca*-dormitorio es mucho más parecida a una tradicional casa de las habitadas por los chilenos rurales de clase media de la región (Cautín). Inostroza y Klapp han señalado también que la vivienda mapuche tendía a mostrar una incipiente adopción de elementos no

42. La vivienda mapuche tradicional reconoce cinco zonas: a) el mencionado fogón central, que es un área dedicada a reuniones familiares, recepción de visitas y para transmisión de pautas culturales. Hay asientos en torno al *kútrahwe*; b) un lugar de la vivienda destinado a guardar las pertenencias masculinas y en el que los varones desarrollan sus trabajos manuales. Por lo general cuenta con una ropisa, un yugo y enseres de labranza; c) un área asociada a las labores femeninas, donde se encuentran algunos de los instrumentos que se utilizan (telar, canastos, bateas de madera y piedra de moler); d) un espacio para la preparación de la comida y utilizada como repostero y despensa de alimentos y e) los niños de la familia cuentan con su propio lugar, en el que también se guarda el saco de sal que debe rendir todo un año. Idem.

tradicionales; sobre todo en lo referido a los materiales de construcción, pese a lo cual hay una fuerte tendencia a mantener los tradicionales patrones culturales de uso de los espacios⁴³.

Llevemos nuestra mirada ahora a las viviendas de los inquilinos y de los peones *voluntarios*. Estas viviendas se asentaban en el perímetro hacendal y guardaban muchas similitudes físicas con las *ruca* mapuche. Durante mucho tiempo el tipo y la calidad de las viviendas de inquilinos y empleados de las haciendas respondían exclusivamente a la iniciativa patronal. La voluntad estatal de avanzar en el mejoramiento de las condiciones habitacionales, en los casos en que existía, veía limitada su acción por la escasa permeabilidad en las haciendas a otra autoridad que no fuera la del patrón. Sólo «con la crisis agrícola de los años treinta, comienzan a abrirse las vetustas fronteras hacendales, haciendo posible que el Estado comenzara a influir en la vida rural. No obstante, las haciendas continuaron reservando un gran peso en los destinos de los hombres y las mujeres del campo»⁴⁴. La vivienda campesina se mantuvo en similares condiciones por varias décadas, hasta que, frente al peligro de la expropiación por la Reforma Agraria, algunos propietarios decidieron introducir mejoras en las habitaciones que ocupaba el personal arraigado.

Por lo general las viviendas se localizaban al borde de los caminos de entrada, y en el caso de las haciendas ganaderas, las habitaciones de inquilinos y empleados se dispersaban de acuerdo a las necesidades de cuidado de los animales. Las condiciones de vida de los peones y de los inquilinos no parecen haber sido necesariamente mucho mejores que las poseídas por los comuneros mapuche. Más allá de la clásica descripción de Orrego Luco, realizada a principios de siglo⁴⁵, hay otras fuentes importantes a consultar. De cualquier manera, la mayoría de las descripciones obtenidas reafirman la interpretación en el sentido de que las condiciones de vida que se desarrollaban en las viviendas rurales eran deficitarias. Así, en otra oportunidad, las casas de los inquilinos fueron retratadas de la siguiente manera:

43. Luis INOSTROZA y Pedro KLAPP; *Desarrollo mapuche en la post-ocupación. Estudio de cuarenta comunidades de Chol-Chol entre los años 1890-1965*, (tesis de grado), UFRO, Temuco, 1983.

44. VALDES y otras; op. cit., p. 14.

45. Luis ORREGO LUCO; *Casa grande*, Zig-Zag Editores, Santiago, 1908.

«Las paredes [...] se componen de troncos de árboles soterrados y de un tejido de varillas, llamado quincha; todo lo cual está cubierto, tanto por la parte exterior como por la interior, de una capa de barro tosco, que conserva su color natural. El techo lo constituyen capas de coirón, de totora o de otras plantas, y siempre se les da la forma conveniente para que puedan rodar por él las aguas lluvias sin que se infiltren y caigan dentro de la habitación. El pavimento es la tierra desnuda. Las puertas son de una pobreza análoga al resto de la casa. Dos, tres o cuatro piezas pequeñas. Construidas de esta manera y con estos materiales, son las que forman el hogar inquilino»⁴⁶

Las viviendas solían ser pequeñas y oscuras, por lo general de adobe y con la cocina afuera. Esto permitía desarrollar una sociabilidad familiar ligada a las comidas. Mientras las mujeres cocinaban, se agrupaba la familia a su alrededor: el fuego, como en la viviendas mapuche, era el elemento aglutinante. «El carácter inhóspito de las habitaciones ayudaba a desplazar a los miembros de la familia a la cocina, y el fuego aparecía como un elemento de nucleamiento de la familia, a falta de mayor espacio en la vivienda, luz o de actividades recreativas»⁴⁷. Los hijos de inquilinos accedían a una vivienda al reemplazar al progenitor o al ser radicados en otro puesto de trabajo. Esto implicaba el derecho a casa, y por lo tanto, la posibilidad de fundar familia. Acceder a la tierra dejaba el camino abierto al matrimonio, y con ello la posibilidad de obtener más adelante un trabajo de mayor jerarquía. Ser inquilino implicaba pasar de vivir en una pieza a ocupar una casa y asentarse en forma más o menos definitiva.

Pero la precaria situación habitacional no era exclusiva del campo. El siguiente cuadro⁴⁸ nos brinda información muy clara acerca de las necesidades habitacionales de la provincia de Cautín hacia los '50:

46. ATROPOS; «El inquilino. Su vida. Un siglo sin variaciones (1861-1966)», en *Revista Mapocho*, Biblioteca Nacional, t. V, n° 23, vol 14, Edit. Universitaria, Santiago, 1966. Citado en VALDES y otras, p. 39.

47. *Idem*, p. 40.

48. En: A.A.V.V.; *Seminario...*, op. cit. El déficit de viviendas de la provincia es del 31.3% (área rural 37.6%, urbana 20.3%).

Tipo de vivienda a reemplazar	Urbano			Rural		
	Vivienda	Habitantes	Hab./Viv.	Vivienda	Habitantes	Hab./Viv.
Rancho, ruca y choza	750	3.350	4,5	8.900	53.250	6
Pieza de conventillo	650	3.350	5,2	100	350	3,5
Catlampa	50	400	8	50	150	3
Provisoria	150	800	5,3	300	1.500	5
Casa unifamiliar	1.780	9.470	5,3	5.170	32.000	6,2
Departamento en edificio	100	470	4,7	-	-	-
Departamento o pieza	1.080	4.940	4,6	160	1.080	6,8
Sin datos	60	320	5,3	250	1.550	6,2
Total	4.620	23.100	5	14.930	89.880	6

Para la época, las denuncias públicas acerca del estado de las viviendas en ámbitos urbanos eran comunes⁴⁹. Se insistía sobre el hacinamiento y los cuadros de miseria en que se encontraban sumidos los pobres. La ligazón higienista entre vivienda y salud aparece claramente expresada en una serie de notas periodísticas. En ellas se sostenía que era necesario encarar la construcción de poblaciones obreras dado el nivel de hacinamiento existente y la falta de servicios básicos, especialmente el agua potable. El problema no es privativo de la ciudad (en este caso Villarrica) sino que «los campesinos de Huequén deben luchar hasta lograr solucionar el problema de la habitación, que es de fundamental importancia para la salud pública y la prosperidad de la población»⁵⁰. Otras fuentes también reafirman este panorama sombrío y de notoria pobreza material, en las que se suelen potenciar las lecturas higienistas de las viviendas populares, a través de la teoría de las miasmas y los encierros de aire⁵¹.

49. «Igual importancia tiene para nuestra provincia el conseguir el mejoramiento de la vivienda obrera. Hay malas habitaciones y escasez de éstas en Angol, Cura Cautín, Victoria y demás pueblos de Malleco. Es éste un problema fundamental porque de su solución depende el mejoramiento de las condiciones de vida del obrero, como de la salud pública», *El Horizonte*, Angol, 30/8/41, p. 1.

50. *El Horizonte*, Angol, 13/9/41, p. 3.

51. ROMERO, op. cit., cap. 5.

Salud popular y estigma elitista

Desde hace varios años la historiografía latinoamericana ha venido prestando atención a la emergencia de los discursos higienistas como resultado de la sensación de «invasión» que sufren las elites urbanas a fines del siglo XIX y principios del XX. Los sectores populares son visualizados como portadores de ideas y prácticas que atentan contra su propia salud, contra las buenas costumbres, y por ende, contra el tejido social. Luis Alberto Romero, al estudiar las reacciones de la elite santiaguina frente al problema de la salud popular, ha descubierto estas mismas pautas y perspectivas:

*«Cuando la elite miró cómo vivían los pobres, sumaron los problemas sanitarios con los morales; todo era allí un horrendo revoltijo de miseria y corrupción, al punto que no podía saberse -así lo creían- quién era hijo de quién. La prostitución y el alcoholismo -nuevos o recién descubiertos- completaron a sus ojos el cuadro de degradación»*⁵²

De esta manera se justifican las campañas a favor de la recuperación de la higiene en estos sectores, luchando contra el hacinamiento, la prostitución y la medicina popular. La Frontera, o más exactamente su ciudad más importante, Temuco, también fue testigo de esta serie de creencias de las elites. Tras la derrota frente al ejército chileno, buena parte de las familias mapuche se fueron asentando en años posteriores en los alrededores de Temuco, generando un «cerco» sobre la emergente ciudad, que los publicistas de la época se encargaron de satanizar y de describir en términos de una lacra sitiadora y amenazante para el progreso urbano. Súmese a este pensamiento el hecho de que las familias mapuche a mediados del siglo XX en la región de La Frontera constituían más de la mitad de la población de la zona y obtendremos un panorama de los miedos que rondaban a las familias acomodadas. En este cinturón agrario maldito los mapuche a duras penas consiguen sobrevivir al hambre y a las enfermedades como la viruela y el cólera.

En este contexto es posible encontrar otros ejemplos de prácticas discriminatorias y de patologización hacia los sectores populares de la Araucanía. Sabemos que en los treinta la ciudad creó una Casa de Limpieza con baños públicos para procurar defenderse de *lacras* como los carretoneros y otras personas que comen los restos del mercado y así evitar la difusión del tifus exantemático⁵³. Ante la expansión de estas enfermedades, la autoridad

52. Idem, p. 11.

sanitaria local y el jefe de la estación de ferrocarriles toman una decisión conjunta: comenzar a exigir certificados de vacunas a los pasajeros que viajaban en tercera clase, la de acceso popular. La estigmatización se profundiza por el hecho de ser los únicos a quienes se les exige la certificación de la vacuna. La superposición de las figuras de pobre con la de enfermo (enfermo además por su falta de respeto hacia las mínimas normas de salubridad e higiene) queda así concretada⁵⁴.

Cuando los pobres (indígenas o no) de La Frontera se sentían morir o presentaban patologías muy graves, se dirigían desesperanzados a la ciudad a buscar remedio a sus dolencias y miserias. Pero probablemente antes ya habían sido visitados en sus propios domicilios, en su ruca, por las *machi*. Esta figura tradicional

«desarrolla su ritual ofreciéndole una oración al Chao Dios. Ora de pie en el umbral de la vivienda, frente a las ramas de canelo que se han plantado frente a la entrada principal de la ruca, y también dentro del interior de la misma. Una vez terminada su oración, la machi entra al interior de la casa y realiza su tratamiento mágico-religioso sobre el enfermo. Reza y canta acompañándose del kultrún, tambor mágico que su ayudante ha calentado previamente al calor del fogón central»

Asentados en barrios alejados del centro temuquino, los enfermos provenientes de áreas rurales o de tradición rural, reciben indicaciones y tratamientos que recuerdan el universo simbólico de las *machi*. El origen indígena de estas figuras de la medicina popular que atendían a sus pacientes en la periferia de Temuco, queda claramente de manifiesto al analizar las «recetas» que se brindaban a los pacientes. Uno de los *meicos* de mayor prestigio recetaba la siguiente pócima a sus pacientes, comentada en forma absolutamente irónica y difamatoria por parte de un comentarista de los progresos de Temuco en su primer medio siglo de existencia:

53. PINO ZAPATA, op. cit.

54. «No todos los que llegaron a La Frontera hicieron fortuna en ella y es evidente que la gran mayoría terminó vencido y arrinconado en la miseria, el alcohol, el barrio periférico, la ignorancia, la enfermedad y las supersticiones», Idem, p. 65.

«Toma para cotipao. Un gómilo, un puño de hoja de quilo, un puño de lo verde del culén, un cadejo de cancahue, tres cogollos de toronjil, tomado con agua tibia. Unas fletaciones de pomá de rosa, unas solvaciones, tres cogollos de apio, un pedacito de culle, tres cogollos de lloque, polvos de cebadilla y leche de gente»

El mantenimiento de estas prácticas y creencias se debía en buena medida a la eficacia que manifestaban en las comunidades y en las haciendas. Pero además, la ausencia de servicios sanitarios públicos forzaba al mantenimiento y la reproducción de este conjunto de ideas y actividades de la salud popular. Cuestiones tales como la mortalidad infantil alcanzaban niveles alarmantes en la propia capital de La Frontera y aún más en los ámbitos rurales circundantes. Tómese nota que recién cincuenta años después de su fundación Temuco consigue abrir la primera Maternidad, como fruto de una erogación popular dirigida por el diario «Austral», portavoz de los sectores acomodados de la región. Podemos aventurar que las formas medicinales tradicionales, de profunda influencia indígena, se mantienen bastante inalteradas en las reducciones hasta bien entrado el siglo. Dado que las comunidades son grupos que permanecen relativamente al margen de la sociedad nacional, el ascendiente de los curanderos y *machi* se mantuvo por largo tiempo.

Consumos

El análisis de la estructura del consumo de los sectores populares nos brinda una serie de indicadores acerca de las condiciones de vida y del universo simbólico de pertenencia. Cada estructura de consumo, por más reducida que esté a los elementos de primera necesidad, está orientada tanto por prescripciones culturales como por necesidades materiales. Pese a reconocer la importancia de estas áreas temáticas, no es mucha la información que hemos podido recabar. Es por eso que la exposición de estos puntos está bastante fragmentada. Es dificultoso organizar los datos y reorganizarlos en una imagen coherente y cohesionada. Una de las pautas de que parece haberse enseñoreado en las reducciones es una paulatina *nacionalización* de los objetos de consumo, suntuarios o no. Se advertía que la confección casera de ropa y calzado había desaparecido casi completamente para el hombre (salvo los calcetines, chombas y mantas que eran producidos en telares dentro de la *ruca*). Las jóvenes en esos momentos parecen haberse inclinado por el vestuario criollo, desechando las prendas tradicionales, excepto en los lugares muy apartados con respecto a las aglomeraciones urbanas⁵⁵. Asimismo, los objetos utilizados como demostradores de prestigio y riqueza ya no eran las

tradicionales pecheras de piata, los textiles producidos en telares o los caballos. Entre algunas de las familias mapuche acomodadas (entendiendo este concepto con extrema amplitud), aparecen algunos elementos de prestigio como planchas, radio, molinillo, reloj despertador, máquina de coser o bicicleta, que se guardan bajo techo y que se atesoran como instrumentos dadores de status y como posibles fuentes de ahorro. Un objeto que en los '50 parece haberse popularizado enormemente era el radioreceptor. Amén de resultar un aparato con funciones específicas, era un artefacto de alto valor simbólico ya que se comportaba como un elemento que ofrecía prestigio a sus poseedores, tanto por su valor económico como por su inicial carácter de novedad tecnológica.

«Los aparatos receptores están en todas las viviendas y los pequeños artefactos transistorizados han pasado a erigirse en un sutil instrumento de autoestimación personal, cuya presencia resume las aspiraciones de mucha gente humilde»⁵⁵

¿Cómo influyó este aparato en las familias campesinas, tanto en aquellas que vivían en comunidades como las que trabajaban en una hacienda? Valdés y otras autoras han encontrado consecuencias muy interesantes al analizar el tema, a partir de entrevistas orales e historias de vida. En efecto, la llegada de la radio le permitió a las mujeres establecer una comunicación más amplia con el mundo exterior: «no sólo las puso al tanto de la vida de la ciudad, sino también comenzó a redefinir su propio cotidiano, marcando las programaciones radiales su cercanía o lejanía de la casa y las horas de las actividades que desempeñaban»⁵⁶. A su vez, la radio cumplía otras funciones sociales, que tenían que ver con la integración de la población a un marco simbólico de mayor alcance. Hasta ese entonces, el horizonte referencial y cultural de la mayoría de los campesinos no sobrepasaba lo estrictamente local. La radio contribuye precisamente a romper con la limitación geográfica y la escasez de movilidad de los trabajadores rurales⁵⁷. Tómese nota también del lugar de proveniencia física de los receptores, que nos está dando cuenta de la existencia de un peregrinar laboral de orden tradicional hacia la Argentina:

55. PINO ZAPATA, op. cit., p. 104.

56. VALDÉS y otras, op. cit., p. 51.

57. Para un panorama de la sociabilidad al interior de los fundos y el problema de la cambiante identidad campesina, Alberto PARRA SALINAS, Tradición y cambio en la identidad campesina. Chada 1900-1995, *Proposiciones*, n.º 27, Sur, Santiago, 1996, p. 163.

«Incluso los campesinos e indígenas, después de su obligada migración laboral a tierras argentinas, traen como obligado bagaje a uno de estos radiorreceptores que los pone en contacto con este mundo civilizado, de una ciudad para ellos tan extraña y tan inevitable»⁵⁸

En cuanto al nivel de vida, debemos señalar que era bastante pobre dado que se destinaba la mayor parte de los ingresos al consumo de objetos de primera necesidad. O lo que es lo mismo, se destinaba un gran porcentaje de los alimentos de origen vegetal y animal producidos al consumo familiar. Algunas encuestas de la época indicaban que los mapuche orientaban cerca del 70% de lo sembrado al autoconsumo. Su dieta estaba asentada básicamente sobre el consumo de harina de trigo (por lo general en panes), de papas (se estimaba que se consumía cerca de 1 kg/día por persona), azúcar, ocasionalmente carne, pescado en algunas regiones, productos de recolección (nalcas, digüañes, cochayuyos), verduras y frutas de la época. En las zonas costeras la dieta se complementaba con mariscos⁵⁹.

¿Cómo se describía a mediados de siglo el interior de la vivienda campesina?, ¿con qué elementos se contaba en el interior hogareño? El panorama no era, precisamente, de gran riqueza material. Unos pocos muebles, de confección propia: sillas, mesa, catre, baúl. Algunos instrumentos utilizados en la cocina y no muchas más cosas componían el mobiliario y menaje campesino:

«Una tosca mesita de comer, cuatro o seis sillecitas de paja o banquitos de madera, el techo nupcial, que descansa sobre unos palos brutos colocados en forma de catre, una a dos tacas de cuero o baúles ordinarios, la montura del dueño de casa, unos cuantos utensilios de barro cocido, y tres o cuatro estampitas de santos colgadas en las paredes: he aquí todo el menaje que adorna la choza de nuestro campesino»⁶⁰

Los varones solían tener mayor movilidad que las mujeres. Concurrían a diversos eventos del mundo rural araucano, ya sea festivos (como rodeos, celebraciones religiosas o cívicas), de índole más secular y cotidiano (cantinas, ferias) o ligados al ámbito de la producción y distribución de productos agrarios (mercados, venta de granos y animales, almacenes). Las mujeres, por el

58. PINO ZAPATA, op. cit., p. 104.

59. RUIZ, op. cit.

60. ATROPOS, op. cit.

contrario, o bien abandonaban la hacienda en forma definitiva, o salían de forma temporal para visitar los hijos e hijas alejados del hogar familiar. Años después del derrumbe del modelo hacendal, las mujeres comienzan a visitar las ciudades para efectuar trámites (registro de hijos, defunciones, pensiones) y frecuentar hospitales y escuelas. La ciudad de Temuco parece haber ejercido una gran atracción para la población rural. Efectivamente, allí no sólo se podía encontrar atención médica y realizar las compras, trámites y transacciones necesarias para continuar la vida rural. Temuco ofrecía diversión a las familias y a los varones. Aunque en los primeros años de su vida, la retreta diaria de la banda del Regimiento en la Plaza de Armas era la única entretenimiento, de a poco, con el explosivo aumento demográfico, se fue configurando un abanico más amplio de ofertas. Esa *tríada maldita*, compuesta por el alcohol, la prostitución y los juegos de azar, tan consuetudinariamente fustigada por las fuerzas morales y la *decencia*, de a poco fue ganando espacios en el reticulado urbano. Estas áreas fueron rápidamente descritas en términos de cloaca urbana, antros de perdición y demás figuras que remiten al higienismo. Son varias las menciones que se realizan a la prostitución encubierta bajo la forma de *casas de cena*. Al parecer estos ámbitos no estuvieron libres de la connivencia con autoridades policiales y militares de la región, preocupadas por aventar los peligros de la homosexualidad entre sus filas. Las cantinas, a su vez, parecen haber desarrollado en la época un descontrolado proceso de proliferación urbana⁶¹. Cerca de la Plaza de Armas, algunas *bodegas de triste fama* abrían sus puertas para atender la interminable hilera de carretas que aun antes del amanecer esperaban su turno para vender su trigo y otros productos de los campos cercanos. Estos amaneceres eran el momento de encuentro de arrieros, mercachifles, bandidos y marginales, tanto del mundo urbano como rural. Así como en la estación de ferrocarril, en la cercanía del Mercado se generaba esa alquimia social que tanto desagradaba a los sectores más acomodados. En efecto, la estación de ferrocarriles de Temuco fue uno de los sitios estigmatizados por la decencia de la ciudad. Un área de transición entre el

61. Ya «en 1916 el regidor Samuel Díaz había denunciado en la Municipalidad que Temuco tenía una existencia de 2.300 cantinas que a juzgar por algunas estadísticas posteriores eran insuficientes para calmar la sed de los habitantes de la ciudad. Algunos años más adelante había ya una cantina por cada 80 habitantes y un recuento hecho en 1934 señalaba que la ciudad consumía diariamente y a pesar de la crisis, la no despreciable suma de 15.000 litros de vino, sin contar licores. En desigual competencia, en esa misma fecha, el consumo de leche difícilmente se acercaba a los 3.000 litros diarios. En ese decenio pagaban su patente 452 cantinas en Temuco y en los caserío de Coñaco y Padre Las Casas otras 24», PINO ZAPATA, op. cit., p. 62.

mundo urbano y sus reglas estructuradas acerca de cómo vestirse y cómo comportarse por un lado, y el ampfísimo universo de la ruralidad que circundaba a la ciudad.

*«Al lado afuera del recinto ferroviario, los que llegaban a la ciudad se encontraban con un vistoso y colorido trajín de gentes, donde se mezclaban campesinos e indígenas que comían y bebían en una serie de puestos y quioscos al aire libre donde se ofrecían guisos y licores en mesones improvisados y en cacharros que desconocían las más elementales reglas de la higiene»*⁶²

Haciendas, minifundios y una infinidad de comunidades indígenas rodeaban a Temuco y configuraban el paisaje social y agrario de las provincias de la Araucanía. La estación de tren aparece como una zona franca, de choque entre ambos mundos y sobre el que se posa la preocupada mirada de los privilegiados. Allí se congregaban los pequeños comerciantes y los ladrones que les abastecían (tanto de lámparas hurtadas al alumbrado público como de cueros provenientes del cuatrismo).

Conclusiones

Dado que, hasta no hace muchos años, la historia de los sectores populares chilenos no era «más que un borrador marginal adosado al autorretrato político de la clase dominante»⁶³, este escrito se inserta en una corriente historiográfica que reivindica la existencia y la importancia en el proceso histórico chileno de las experiencias y las historias de aquellos y aquellas que menos han tenido. De ninguna manera nos pensamos pioneros en esta tarea y es justo reconocer que otros la han iniciado hace muchos años y con reconocida solvencia⁶⁴. Simplemente entendemos que cualquier acercamiento serio a una historia del agro chileno no puede darse el lujo de prescindir de un análisis pormenorizado del heterogéneo campo popular: en él encontramos, entre otros, a los campesinos independientes y sus familias, a las comunidades indígenas, a los «rotos», a los jornaleros, los inquilinos. Este conjunto enorme de hombres y

62. *Idem*, p. 93.

63. Gabriel SALAZAR; *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, Sur, Santiago, 1989, p. 7.

64. Entre otros, SALAZAR, *op. cit.*; José BENGÓA, *Historia del pueblo*, *op. cit.*

mujeres han dejado su huella en la historia chilena y es nuestro deseo seguirla. Y en este caso, nuestro seguimiento se ha centrado en las condiciones materiales de vida desplegadas a mediados de este siglo en la Araucanía.

Comenzamos este escrito haciendo mención a las principales tendencias existentes en el mundo agrario araucano en este siglo. Lamentablemente, este período ha permanecido fuera del análisis de los historiadores que han renovado enormemente los estudios sobre la Araucanía. El panorama que obtenemos es de una estructura de propiedad en la que el minifundismo aparece como el rasgo más característico. La hijuelización de las tierras mapuche condujo a un uso de los recursos naturales y productivos que mostró pronto sus limitaciones y configuró un marco precario para las actividades económicas. Esto no impidió que la Araucanía se convirtiera a lo largo de las primeras décadas de este siglo en la principal productora de trigo y de algunos tipos de ganado de todo Chile. Esta enorme expansión productiva fue posible gracias al trabajo coordinado de miles de trabajadores, asentados en tierras con todo tipo de regímenes legales: arriendo, inquilinaje, mediería, relaciones salariales (en especie y/o dinero), formas mixtas, etc. Es bastante difícil el trazar líneas claras de distinción entre estos sectores populares, generadores de las riquezas agropecuarias de la región. Sin embargo, a título analítico hemos distinguido algunos sujetos colectivos. Por un lado se ha señalado la existencia de un gran sector de indígenas radicados en reducciones, donde se vieron forzados desde fines del XIX a practicar la agricultura y la pequeña ganadería, abandonando la ganadería extensiva y trashumante. El impacto económico, psicológico y cultural de esta violenta radicación ha generado una suerte de «colonialismo interno»⁶⁵. Distribuidos en 3000 comunidades, sobre todo en Cautín, muchos de los mapuche se vieron aprisionados en hijuelas cada vez más pequeñas y erosionadas. La consecuencia del proceso de hijuelización en las reducciones fue la sangría permanente de hombres y mujeres hacia otros ámbitos geográficos y laborales (servicios urbanos, peón o mediero en alguna hacienda, trabajador forestal, migración a Argentina o al norte). Junto con este proceso se va desencadenando una paulatina descomposición cultural de la comunidad, en lo que tiene que ver con la producción y consumo de los propios productos artesanales y la adopción/imposición de pautas de índole nacional. Los bienes producidos industrialmente, sobre todo los textiles, van desplazando a los que solían elaborar las mujeres mapuche.

65. La definición está en BUNSTER, *op. cit.*. Interesantes observaciones al respecto en BENGÓA, *Historia del pueblo...*, cap. «La sociedad mapuche post-reduccional», *op. cit.* e INOSTROZA y KLAPP, *op. cit.*

Entre la población campesina no mapuche cabe distinguir algunas figuras. Entre ellas, el inquilino aparece como una de las más representativas. Residente en el fundo, trabajador permanente de la misma a cambio del derecho a usufructuar tierras y vivienda del hacendado, lentamente irá mermando su importancia como fuerza laboral y dejándole su lugar a las formas salariales. De estas formas asalariadas la más importante era el peón afuerino, trabajador no residente en el fundo, que ocasionalmente vendía su fuerza de trabajo. Dada la independencia que mostraba con respecto a las decisiones patronales e instituciones tradicionales (como el casamiento) solía actuar como un personaje especialmente conflictivo, odiado por mayordomos, administradores y patrones, pero a la vez envidiado por los inquilinos.

Las diferencias existentes en el acceso a determinados consumos brindan información acerca de la estratificación social, además de señalar las divisiones simbólicas en el interior de las haciendas o las comunidades. Elementos como el material de construcción utilizado, los artículos «suntuosos» a los que se accede o la cantidad de rucas y de construcciones aledañas que se poseen son algunos de los que objetos materiales que se tienen en cuenta. De cualquier manera, las disimilitudes en las categorías laborales o en las identidades étnicas no implicaban variaciones importantes del nivel de vida. Condiciones materiales degradantes, de profundas y marcadas carencias parecen caracterizar todo el mundo popular, más allá de las distinciones identitarias asumidas. Efectivamente, las condiciones habitacionales, sanitarias y de consumo distaban de ser las mejores en todos los casos. Los espacios ocupados por los indígenas, las viviendas de los inquilinos, sus lugares de diversión suelen recibir el rótulo de *antro* o de *cloaca*, de acuerdo con las lecturas higienistas imperantes en el momento. La marginalidad era entendida como el espacio donde conviven y se confunden la miseria moral, corporal y económica, en una suerte de retroalimentación negativa. Los sectores decentes parecen entender que el delito, la ignorancia, las pestes, la amoralidad y las bajas condiciones de vida conforman un mismo cocktail infesto, inseparable, irresponsablemente generado por los propios sectores populares.